

# **Fagocitosis**

**Por Luz Melania Macías Soto**

En mayo de 1971, mi corazón bombeó la sangre de Cecilia. Ya lo sé, mal inicio para ser una carta de disculpas, ya lo sé. Pero te quiero llevar a ese día, a ese instante. No a cuando lo hice, sino unas dos horas después, cuando el pueblo se llenó del sonido de las sirenas de las patrullas. Usa tu imaginación por un momento e imagínate; hincado en la calle principal de La Mula Gurzzia, con los ojos rojísimos llenos de lágrimas, mis manos manchadas de sangre sobre mi estómago, y alrededor hay como 20 patrullas, algunas de ellas del ejército. Los oficiales apuntándome, como si les fuera a hacer algo, ridículos. Uno de ellos me grita —¡Las manos donde las pueda ver! — Y levanto las manos como me dijo, volteo a un lado, a la entrada del hotel, y veo a los paramédicos salir con una camilla, encima hay una bolsa negra, de esas que usan para cuando hay cadáveres. En cuanto veo esto, suelto el grito más desgarrador que alguna vez haya escuchado. Ahí estaba ella, mi Ceci, lo que quedaba de ella estaba en esa bolsa. Mi Ceci hermosa.

Yo sé que has visto muchas fotos de ella, cada año sacan cientos de noticias sobre lo que pasó y los periodistas te empapan de fotos para que hables, gente amarillista. Aunque seas muy consciente de cómo era, te la voy a describir igual, nada pierdo. Unos ojos cafés claro, su cabello color miel, precioso que estaba, tocarlo era una verdadera delicia. Sus mejillas siempre estaban prendidas de rosa, y ni hablar de sus hoyuelos tan perfectos. Su piel era algo blanca, pero con la luz del sol se veía más morena, y hacía un contraste con sus ojos. Cecilia era una mujer muy bella. No te voy a mentir, me sorprendió que yo le llamara la atención, a ver, tenía mi cabello negro cuidado, unos buenos ojos verdes, hacía ejercicio y todo eso, pero no tenía a nadie esperando un beso mío. No tenía a nadie hasta que la conocí en noviembre del 70.

La Mula Gurzzia era un pueblo muy lindo, pocos habitantes, pocos restaurantes y solo un hotel. Uno que otro parque, ¿te crees que confundí un cementerio con un parque de esos, cuando recién llegué? Me dio una pena tremenda, pero es que estaba tan bonito y tenía tan pocas lápidas que no me di cuenta. Pues ahí conocí a Ceci. Venía toda de negro, chaqueta gruesa, botas y falda. Sus manos estaban pegadas a su vientre, a pesar de que estaba medio lejos de ella, noté la delicadeza con la que sostenía su estómago plano, ahí de pie frente de una de esas lápidas. Y tenía una expresión de tristeza que hasta el día de hoy me dan ganas de llorar solo de recordarla. Yo creo que me le quedé viendo por mucho tiempo, porque se dio cuenta y me volteó a ver con un enojo... Me fui de inmediato. La vi más tarde ese día, por la noche. Pero si te contara de cada encuentro que tuvimos no acabaría jamás esta carta y tú nunca la leerías. Siendo así, te hablo mejor de la noche que nos contamos todo. Ella llevaba dos semanas de haber llegado a La Mula, y yo tres. Y nos llevábamos conociendo 13 días. Estábamos en su habitación del hotel, todavía me acuerdo, número 505. Cecilia me contó del miedo que le causaba el pueblo, que desde que llegó, la gente solo la retenía de irse, inventaban excusas para que se quedara más días, sobre todo una pareja de jóvenes, un hombre y una mujer. Eran extremadamente buenos manipulando.

Yo le pregunté por qué había venido a La Mula, y te aclaro que, en ese tiempo de conocernos, no le había preguntado de la primera vez que nos vimos en el cementerio, ni nada que tuviera que ver, no lo sentía correcto. Ese día no pude aguantar la curiosidad. Ella me miró, se llevó un mechón hacia atrás de la oreja y soltó un respiro muy silencioso. Pensé que me iba a decir algo como: otro día hablamos. O algo así, pero no. Sí me contó. Ay, me da un veneno inmenso platicarte de esto. Siento que estoy diciendo la verdad a medias, o que estoy intentando engañarte, no lo sé. Pero es lo que Cecilia me dijo, me dijo todo lo que ella sabía. Me habló del 20 de octubre, el día en que su bebé nació. Me habló de lo mucho que los doctores la sedaron en el parto porque el dolor era abismal, todo se estaba complicando demasiado, estaba sola, el padre la había abandonado meses antes. Y cuando el bebé por fin nació, solo escuchó a la pareja de doctores susurrarse algo mientras llevaban al bebé a revisar. Y esto no se me olvida para nada, me dijo — Yo les pregunté, ¿Qué pasó? ¿Qué tiene? Y el hombre, con su mascarilla puesta y gorro, se volteó y me dijo “Lo sentimos mucho, señorita Hugo. El bebé nació con una condición. El corazón del niño está afuera de su cuerpo. No hay nada que podamos hacer, no tenemos el equipo para ayudarlo.” La otra doctora se giró con mi bebé en sus brazos y me lo dio. “Tiene aproximadamente tres horas, y después nos lo llevaremos, lo siento mucho.” me dijo ella. Y lo abracé con todo lo que me quedaba. Vi el corazón de mi hijo con mis ojos, en carne propia. Víctor ¿cómo es posible? Eso no debería pasar. Se supone que iba a tocar su pecho y sentir su corazón latir a través de su piel, no verlo bombear expuesto, Víctor. ¿Cómo sigo respirando? No lo sé. Sueño con él siempre y no dejo de sentir su cuerpo pequeño en mis brazos.

Escribir sus palabras me pulveriza el alma, me da dolor en las manos y se me salen las lágrimas. Ceci me dijo que los doctores se lo llevaron y no le dijeron nada más de él. Una semana después, una funeraria la contactó para que el entierro del niño fuera en un pueblo tranquilo y bonito, uno como La Mula Gurzzia. Cuando me lo contó lloraba con una intensidad, se le había partido su corazón en mil pedazos más. Ay, Ceci, mi pobre Ceci. Entonces la abracé toda la noche, no la solté, no la solté en ningún momento. Hacía trenzas con su cabello y las deshacía para volverlas a hacer, acaricié sus manos y brazos hasta que sintiera mi calor, mi cuerpo, mi yo. Y ella me preguntó de mí y yo le dije todo lo que sabía, de mi futuro, de mi pasado, absolutamente todo. Y cuando dejó de llorar y solo quedaban los fantasmas de sus lágrimas, nos dormimos en el sillón de la habitación. ¿No lo ves? Nos queríamos. Te lo aclaro a ti y a cualquiera que piense lo contrario. Nos amábamos plenamente, un amor tan grande e intenso que deja con un mal sabor de boca a quien no le ha tocado amar de verdad. Te lo vuelvo a repetir, yo amé a Cecilia y la sigo amando de todo corazón, cada vena mía ama a Ceci y eso no me lo quita nadie, te tengo un cariño gigantesco, pero ni siquiera tú me vas a quitar el cariño por ella. Mis huesos se harán polvo, mi piel será comida para los gusanos, pero seguiré encontrando la manera de sacar más de mi cuerpo para amarla. Mi alma no se va a cansar, las estrellas más viejas lo saben.

Con esto dicho, déjame avanzar a cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba en La Mula Gurzzia. Era una noche de diciembre, a pocos días de que fuera navidad. Ceci y yo ya sabíamos que algo raro pasaba en la gente, primero nos dimos cuenta de que no había niños, ni uno solo. Además, el evidente esfuerzo de esta gente de que todos los que llegaran a La Mula, no se iban nunca. No sé cómo lo hacían, a decir verdad, pero ni uno se les escapó. Bueno, me estoy desviando. Era una noche en diciembre, nos habían dejado usar la cocina del hotel para hacer una cena para nosotros, ella estaba cocinando la pasta y yo estaba prendiendo la chimenea de la cocina. Cuando de repente escuchamos un ruido afuera, en la calle, nos miramos confundidos y fuimos a ver qué pasaba. Y ya te digo, mientras caminábamos hacia la salida del hotel, se me metió un miedo en la sangre, me empezó a doler el estómago de una manera inexplicable por el temor. No lo sé, supongo que de cierta forma, supe que lo que estábamos a punto de ver, nos iba a cambiar para siempre. Entonces busqué su mano, desesperado por algo que me calmara los nervios, y ella agarró la mía con una ternura abismal, me sostuvo. Y avanzamos más, y más... hasta llegar a la calle principal. Sobre el pavimento había una mesa y dos sillas, una en cada extremo de la mesa, en una de las sillas había una mujer vestida como reina azteca. Alrededor de la mesa había un grupo de personas, los hombres llevaban un taparrabos atado a la cintura y una capa sobre los hombros. Las mujeres un huipil y una falda que tapaba hasta los tobillos. Iban vestidos como los aztecas. Y luego vi de nuevo la mesa... Un cuerpo humano yacía ahí, completamente cocinado. Alrededor del cuerpo había uvas, melón, dos copas de vino, y otras frutas. Lo presenciamos todo, vimos como la mujer vestida de reina se acercó al cuerpo, y Cecilia soltó un grito al reconocerla, era la que venía con su novio y la convencían de quedarse en el pueblo, los manipuladores. La mujer tomó una uva y se la comió antes de consumir al hombre quemado, tendido sobre la mesa. Bocado por bocado. Nadie se inmutó, excepto la gente que llevaba pocos días en La Mula, gritaban, se querían meter a parar lo que pasaba, pero los alejaban. Ceci y yo nos apretamos las manos, el horror que sentíamos... teníamos ganas de vomitar. Y vomitamos ahí mismo.

¿Por qué te cuento de ese momento? Porque quiero que entiendas que nosotros no comprendíamos, al igual que tú. Que también nos quedamos petrificados al ver esta idea de amor tan brutal. Y es que eso era, lo que ese hombre y mujer hicieron, fue amor. Es fácil, él quería estar dentro de ella, ella lo cargaba dentro de su cuerpo, unidos por este lazo irrompible. Tanto se amaban que fueron capaces de hacer eso. Después de ver eso, quisimos escapar los próximos cinco meses, pero no pudimos, nos atrapaban siempre, nunca nos hicieron daño, aclaro, nunca nos tocaron ni un pelo. Solo querían que nos conociéramos y que viviéramos esa intensidad. Ya se habían dado cuenta que nos queríamos; los besos, el constante cuidado de uno sobre el otro, era solo cuestión de tiempo para que nos empezaran a hablar de las costumbres de La Mula. Y estuvieron así hasta mayo. Cuando estás rodeado de una sola creencia, empiezas a verle sentido. Yo le vi sentido, la amaba, de verdad la amaba. Me di cuenta que los besos no me eran suficiente, el contacto íntimo tampoco, no. Yo quería algo más fuerte,

sentía tanta devoción que no sentía que nada iba a ser suficiente para controlarlo, sentía que iba a explotar de tanto que tenía adentro. Me sentí asqueado por lo que quería, pensaba en esa noche de diciembre, todo el escenario... pero era todo lo que deseaba. Una culpa del tamaño del universo recayó en cada célula de mi cuerpo. Quería ser Cecilia, vivir en su misma carne, correr por su misma sangre, latir con su mismo corazón, estar enteramente en ella. Quería que ella me probara de una manera feroz, despiadada. Le pertenecía, era todo suyo. Quería que me consumiera, que me tocara cada pedazo del cuerpo y lo desglosara pieza por pieza, que analizara mi corazón y lo hiciera parte del suyo. Que probara mi piel, que se nutriera de mí. No es difícil de entender ¿o sí? ¿Es difícil? Yo quería estar en ella, plenamente en su cuerpo, darle mi cuerpo, porque emocionalmente ya le había dado lo que me quedaba. Me odias, ya lo sé, me queda claro, crees que yo maté a Cecilia, que yo fui el perverso. Todo lo que te cabe es que lo que hice fue repugnante, pura crueldad. No fue crueldad, ninguno de los dos tenía un solo gramo de crueldad en el corazón. Sé que te enfurece que te diga esto, pero es puramente la verdad, ella me amaba. Sebastián, ella me amaba. Me quedo sin fuerzas de todas las veces que he intentado hacerte entender, no sé qué más decirte. Me contó de su más preciado tesoro, de su hijo, me abrió su vida y alma conmigo. ¿Acaso hay otra manera más perfecta de exponer tu amor? Sé que no te gusta que me refiera a Cecilia como tu mamá, y discúlpame, pero lo voy a hacer. Tu mamá me necesitaba justo como yo la necesitaba. Ella también quería perderse dentro de mí, que su sangre explorara cada vena mía, que su cuerpo entero nadara en el mío. Y esto te lo puedo jurar cada día de mi vida, sin mentiras, yo no miento. Yo te estoy dando todo lo sé.

Yo no sabía que ella quería lo mismo que yo, y ella tampoco. Nunca hablamos de cómo el pueblo sí había influido en nosotros porque teníamos miedo de cómo reaccionaría el otro. Y como no dijimos nada, seguimos adelante con nuestro plan para escapar, no era la primera vez que lo intentábamos, pero, este iba a funcionar, lo podía sentir, lo puedo sentir incluso ahora, tantos años después. Y eso iba a ser todo, íbamos a huir de La Mula y cada quien tenía la esperanza de olvidar el deseo de ser consumido. Pero hubo una conversación ese mismo día del escape... Un diálogo que nos hizo darnos cuenta que nos deseábamos de la misma manera, mismo anhelo. Lo que sentí... Me pregunto cuántas personas, en todo lo que ha vivido la raza humana, han experimentado lo que Ceci y yo sentimos cuando nos dimos cuenta de que era recíproco. Pero también caímos en cuenta de otra cosa, alguien iba a ser consumido y alguien iba a ser el consumidor. Entonces, para decidir quién iba a ser quién, a tu madre se le ocurrió prender una vela cada quien, a quien se le acabara primero la vela, tendría la gloria de descansar dentro del cuerpo del otro. A los 50 minutos de prender nuestras velas, la suya se derritió primero. Tenía el corazón inundado de pena y dolor, pero lo teníamos que hacer. Ahora que sabíamos que queríamos lo mismo, sentíamos que, si no lo hacíamos esa noche, íbamos a morir, así de simple. La gente del pueblo se dio cuenta, nos felicitaron. Las mujeres abrazaron y

festejaron a tu mamá, le dijeron tantas cosas que la hicieron llorar, puras cosas buenas. Los hombres me abrazaron con lástima, con un pesar que me amargó más.

Y es que, desde tu punto de vista, y de prácticamente el resto del país, ella perdió todo, ella fue quien sufrió. Pero ella no perdió nada, ella tuvo lo que quería, quería ser amada, consumida por mi amor infinito. En cambio yo... aquí estoy, sufriendo, llorando a todas horas, 30 años después en esta prisión... Quiero estar muerto. Extraño a tu mamá, Sebastián. Sé que después de tres décadas, hay algo de ella en mí, debe haber, pero igual, la quiero ver. Quiero intercambiar papeles, quiero una segunda oportunidad, quiero que mi vela se apague primero y tener la gracia de morir en su cuerpo. Pero en ese momento no podía hacer nada, ya estaba hecho, ya la cera derretida había sellado nuestro destino.

No quiero ser muy explícito, eres su hijo después de todo. No mereces saber todo el proceso. Pero la unión fue como la que presenciamos por primera vez, mismo vestuario, solo que yo iba vestido de rey azteca. Y lo hice. Era solo mi cuerpo hambriento suplicándole a mi corazón por ella. Cada pedazo de piel consumido era una declaración, un grito de pasión, una confesión de un deseo que no tiene límite, uno crudo.

Cuando terminé, me quitaron el vestuario, recogieron los huesos de Cecilia y los llevaron al hotel. Me dijeron que en la mañana los iban a enterrar. Y todos se fueron a acostar. Yo me quedé en la calle principal, me senté frente a la mesa, toqué la madera manchada de sangre y me puse a llorar montones. Supongo que alguien de los nuevos en el pueblo presenció todo y fue a buscar ayuda, porque esa noche la policía llegó a La Mula y me esposaron, quisiera decirte más, pero es todo lo que recuerdo. Los primeros años en prisión son borrosos, me acuerdo de los golpes que me daban los otros prisioneros, los flashes de las cámaras cuando me llevaban a los juzgados y los gritos de los periodistas. Y ya, no más. A partir del año cuatro fue cuando mi memoria mejoró, todo gracias a ti. Fue cuando llegó una señora chismosa y metiche a visitarme a la prisión, y me dijo —Señor Vélez, ¡El niño de Cecilia Hugo! ¡Está vivo! ¡Está vivo! Lo trasladaron a otro hospital más avanzado en la Ciudad de México unas horas después de que nació. Me acabo de enterar, lo vi con mis propios ojos con sus padres adoptivos. Resulta que los doctores que lo recibieron en el parto, eran parte de los del culto ese en el que usted estaba. Eran novios, y la mujer se comió al hombre unos meses antes de que la policía llegara. ¿A usted le tocó ver eso? ¿Ya estaba en La Mula para entonces?

De seguro piensas que fui yo quien, de alguna manera, la arrastró a las garras del pueblo, pero no. Fue todo planeado por La Mula, algunas personas entraban sin saber nada como yo, y otras entraban engañadas, como tu mamá. Ella enterró un ataúd vacío y no se dio cuenta. He escuchado que muchos dicen que fue el diablo quien tomó La Mula Gurzzia y que todos sus habitantes eran sus discípulos. No lo sé, y francamente, no me importa. Tocado por el mal o no, era amor. Tengo 60 años, tenía 30 cuando conocí a tu mamá, y 30 años llevo sin verla. Esta es mi despedida, Sebastián. Ya no aguanto, hoy desaparezco. Discúlpame por quitarte la oportunidad de conocerla. Ella quería ser amada, y créeme que lo fue.